

## LAS INVESTIGACIONES DEL INSTITUTO DE ECONOMIA SOBRE LA HISTORIA ECONOMICA DE CHILE

por el prof. CLAUDIO VÉLIZ

Se sabe muy poco acerca de la historia económica de Chile. Con escasas excepciones, los trabajos que existen sobre este tema tienen una utilidad científica limitada; algunos son principalmente anecdóticos, otros, excesivamente polémicos y parciales y los más están basados sobre una documentación estadística distorsionada o insuficiente.

El estudioso de la historia económica tiende, mucho más que aquél de la historia política o cultural, a trabajar con categorías mensurables; series estadísticas de importación y exportación, índices de precios, cifras de ingreso nacional, recaudaciones de aduanas, niveles arancelarios y otras series de esta clase. Todos estos datos —más o menos completos, según la región y la época—, forman un marco estructural que el historiador debe completar con la descripción, análisis e interpretación del pasado político, el clima cultural y espiritual, las vicisitudes internacionales y cualquier otro aspecto de la vida humana que pueda haber tenido una influencia eficiente sobre el desarrollo de los fenómenos económicos.

Hechas las salvedades del caso, es perfectamente posible comparar la construcción de un edificio con ladrillos defectuosos, a la preparación de una historia económica sin contar con

buenos datos estadísticos. Del mismo modo como un gran arquitecto, usando excelentes planos, puede construir un hermoso edificio que se derrumba debido al uso de materiales inadecuados, el historiador económico que acepta trabajar con datos insuficientes, corre el riesgo de preparar estudios que no resistirán el análisis de investigadores más exigentes.

En este sentido, a pesar de lo que respetables pensadores han opinado sobre el asunto, Chile no es un país de muy buenos historiadores modernos. Han abundado, y seguramente continuarán en gran oferta, los excelentes cronistas y relatores de eventos. Ingenieros del drama histórico que con ágil pluma destilan lo poético —por poco que esto sea— de la crasa secuencia de decisiones militares y políticas, entregando a una nación sedienta de gloria compartida, un cuadro donde retumbantes salvas de artillería, cargas a sable desnudo y muertes heroicas tejen la trama de una historia patria que tiene muy poco que ver con lo que en realidad ocurrió en nuestro país en el pasado. La verdad es que como nación pensante, apenas hemos podido remontar la barrera de la crónica "animada y viva".

Sin embargo, distinguidos estudiosos de lo pretérito han opinado que la historiografía chilena ya pasó la etapa de la acumulación de datos y debe entrar con pie firme a la era de los estudios generales. Pero resulta que a pesar de la obra de Medina —y Medina fue un solo hombre de genio que de ninguna manera podía reemplazar la paciente tarea de cientos o docenas de historiadores trabajando en tantas o más monografías durante varias generaciones— Chile aún no ha pasado la etapa de la acumulación de datos.

Pretender que nuestro pasado —entendiéndose como tal hasta principios de este siglo—, ya está listo para estudios generales, es caer en gravísimo error. Un resumen de lo que sabemos de nuestra historia sería una ponderada, brevísima, y fácilmente digerible condensación de nuestra ignorancia. No cabe la menor duda de que un público acostumbrado a lo breve aceptaría inmediatamente esta píldora histórica como un loable esfuerzo didáctico y lo premiaría con su universal aceptación. Pero desgraciadamente, llegar a esto —a la tesis estomacal de la historia— significaría cristalizar en moldes afortunadamente perecederos, aunque desgraciadamente bastante durables, todas las distorsiones, mentiras y errores de una historia que apenas hoy día empieza realmente a escribirse.

Todo esto, aplicable en alguna medida a la historia política y cultural de Chile, es definitivamente cierto de nuestra historia económica.

Se ignoran los movimientos de precios durante todo el siglo pasado; no se sabe a ciencia cierta cuál fue nuestra balanza comercial durante la segunda mitad —ni qué hablar de la primera del siglo. No se sabe cuál era el mecanismo de nuestro comercio exterior; cuáles los factores eficientes de nuestra política comercial. Se ignora el origen, destino y rentabilidad de las inversiones extranjeras en nuestra economía. Ni siquiera se sabe con certeza cuáles fueron los términos de nuestro intercambio con el resto del mundo durante un siglo y medio de vida independiente.

Esto para botón de nuestra. Tampoco se sabe exactamente qué producíamos, cuánto costaba producirlo, dónde y a quiénes lo vendíamos. Dificil tarea, en estas condiciones, la de escribir una historia general de nuestra economía. A esto debe agregarse que, dadas las condiciones objetivas en que se gestan las decisiones políticas en el mundo moderno, se necesitaría un grado especial de testarudez académica para pretender que una historia política puede ser definitiva si no consulta la influencia de los factores económicos.

Para volver a la metáfora arquitectónica, en historia económica —así como en historia poli-

tica de Chile— es preciso empezar a fabricar buenos y sólidos ladrillos antes de pensar en construir rascacielos. Aparte del obvio halago a la vanidad del autor de volúmenes varios sobre cualquier cosa, el resultado del gran esfuerzo que significa preparar una historia general en estas condiciones, corre el riesgo de ser completamente negativo.

Esta es una de las razones principales que hacen necesaria la revisión fundamental de nuestras ideas acerca de lo pretérito en Chile. Existe otra menos obvia, pero seguramente de mayor importancia inmediata. Se trata de la formación de las ideas acerca de política económica en las mentes de nuestros contemporáneos. Escudriñese un poco bajo la delgada capa de conceptos teóricos que sostienen cualquier pronunciamiento sobre política económica y se encontrará fatalmente alguna idea —las más de las veces errada— acerca del pasado económico de Chile u otra nación. Persigase con preguntas insistentes la razón eficiente de ciertas posiciones dogmáticas —tanto de corte izquierdista como derechista— y fatalmente se llegará a alguna aserción sobre el desarrollo económico de tal o cual grupo de naciones en el pasado. Búsquese alguna vez la justificación de la tesis de la "inferioridad económica progresiva" que tan popular ha sido en la historiografía chilena desde la primera década de este siglo, y se llegará a la conclusión de que está basada en el convencimiento de que durante los decenios clásicos, Chile fue región paradisíaca en cuanto a desarrollo económico, prosperidad y dinamismo se refiere.

Se puede incluso ir más lejos. En última instancia, los conocimientos científicos se resuelven en generalizaciones basadas en hechos. Estas a su vez, constituyen la materia prima de las regularidades, certezas trascendentes —y de otros tipos— que algunos contados intelectos destilan en teorías o principios científicos. En el caso de la economía política, éstos son los principios más o menos inevitables que —según algunos—, rigen el devenir económico de la sociedad humana; las leyes inmutables la actividad económica y las tesis económico-políticas en aras de las cuales, periódicamente, millones de hombres se asesinan los unos a los otros. Para estas leyes, principios y tesis, los hechos básicos, los ladrillos elementales, se fabrican con la arcilla de la historia económica.

Los años que invirtió Marx trabajando en la Biblioteca del Museo Británico en la preparación de su obra cumbre, no los pasó meditando regímenes utópicos ni mesándose los cabellos frente a la iniquidad del género humano sino estudiando la historia económica de la revolución industrial en Gran Bretaña y Europa a fin de discernir de la masa de hechos una tendencia o regularidad que a su vez le sirviera como columna vertebral para la enunciación de principios o leyes del desarrollo económico e histórico de la humanidad. Igual cosa es cierta de los escritos fundamentales de cuanto teorista político-económico ha puesto pluma al papel para indicar a sus congéneres la dirección del viento histórico. *La Riqueza de las Naciones*, de Adam Smith, además de excelente tratado teórico, es también una notable recopilación e interpretación de la historia económica de Gran Bretaña.

Es de claridad meridiana entonces, el que los hechos sobre los cuales se construirán las interpretaciones del desarrollo económico, sean objetivos. Una nación entera, por varias generaciones, puede caminar rutas estériles y desangrarse en guerras idiotas como resultado de los errores de algún obscuro erudito que trabajó ignorado toda su vida en polvorientas bibliotecas destilando generalizaciones erróneas de una acumulación de datos falsos.

Se necesita una actitud rigurosa y funcional frente al problema de la experiencia económica de nuestro país. Es discutible que esta experiencia sea absolutamente acumulativa, incluso se

puede defender la tesis de que el hombre aprende poco o nada de los errores o triunfos de sus antecesores, sin embargo, el saldo positivo y racional de una acción basada en conocimientos objetivos es demasiado obvia. Aún más, es perfectamente posible plantear que la afición por encontrar las leyes y principios inmutables que dirijan los cauces del desarrollo humano no pasa de ser un historicismo fatuo e infantil que tiene tanto de científico como la astrología. Pero estas objeciones no tocan lo central de la justificación de los estudios históricos.

Este extenso prólogo debe servir como portada y explicación a los estudios que el Instituto de Economía está efectuando y programando en el campo de la historia económica de Chile. Luego de dedicar casi dos años a una primera acumulación general de datos el Departamento de Historia Económica del Instituto de Economía preparó un programa de trabajo a veinteaños plazo, que tiene por objeto la publicación de varios estudios monográficos sobre aspectos especiales de nuestro pasado económico (1).

El primero de éstos, la *Historia de la Marina Mercante de Chile*, ya está siendo publicado por la Comisión Central de Publicaciones de la Universidad de Chile. El segundo, acerca de las inversiones extranjeras en Chile, se encuentra en preparación y seguramente entrará en prensa a fines del año 1962.

Paralelamente a este plan a largo plazo se está desarrollando un programa de estudios más breves para dilucidar aspectos de gran importancia en nuestra historia económica. Actualmente, hay tres proyectos en marcha, uno que tiene como meta la preparación de un índice de precios para el siglo diecinueve; otro que estudia la formación de sociedades anónimas en Chile durante el período anterior a 1914 y un tercer proyecto que trata de aclarar definitivamente el problema de las exportaciones de cobre durante el siglo pasado.

Más adelante se iniciarán nuevos proyectos parciales de este tipo que tratarán acerca de problemas tan importantes como la estructura de las importaciones a Chile durante períodos determinados, el proceso de formación de capitales en actividades bancarias, las causas y consecuencias de la política económica de algunos gobiernos, etc.

Uno de los problemas más interesantes en este tipo de trabajo tiene que ver con las fuentes primarias de información. La bibliografía de impresos es bastante limitada y se agota fácilmente sin aportar todos los datos que se requieren para estos estudios. De ahí que sea de importancia vital obtener acceso a los archivos públicos y privados, colecciones de cartas, libros comerciales de firmas de larga existencia en nuestro país y otras fuentes manuscritas inéditas de esta clase que reflejen, directa o indirectamente, aspectos importantes de nuestro pasado económico.

Entre las fuentes de este tipo que mejor han servido estos propósitos se encuentra sin duda alguna, la documentación consular británica que se guarda actualmente en el Public Record Office, de Londres. Juan Luis Espejo, Hernán Ramírez y Carlos Silva Vildósola, para nombrar a los más conocidos, ya han explorado esta vasta documentación con éxito relativo durante los últimos cuarenta años. Desgraciadamente, ya sea porque aún no existía la técnica del microfilm o por falta de medios, ninguno pudo tomar sino escuetas notas manuscritas de los varios miles de volúmenes que encierra el fabuloso archivo. El Instituto de Economía, por primera vez, pudo enviar a uno de sus investigadores a Londres en 1958 a reproducir en *microfilms* gran parte de la documentación de interés para la historia económica de Chile. En la Biblioteca del Instituto en Santiago, se encuentran películas de los documentos correspon-

dientes al período 1824-1866. No se pudo continuar este trabajo más adelante —como ya es proverbial en estos casos— por falta de fondos.

Los archivos del Foreign Office guardados en el Public Record Office de Londres, incluyen —entre otra correspondencia oficial de gran interés— los informes que los cónsules británicos en Valparaíso, Santiago, Concepción y Coquimbo debían enviar a Londres periódicamente informando acerca del estado de la economía, el curso de los precios, las posibilidades a corto y largo plazo del mercado y la situación política.

La actividad informativa de los cónsules británicos no se limitaba al terreno económico. De vez en cuando se les pedía que orientaran al Foreign Office en asuntos políticos que —de uno u otro modo— guardaban ingerencia con los intereses comerciales británicos en Chile. Por esta razón la documentación del Foreign Office también incluye interesantísimos informes acerca del ministro Portales, la posibilidad de que el Presidente Montt entregara ciertas concesiones solicitadas por intereses británicos, el carácter de la Iglesia católica chilena y su participación en la vida política, los detalles acerca de los problemas entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana y entre Chile y España y numerosos problemas de este tipo. Es difícil entender cómo se ha podido considerar definitiva una versión acerca de la historia de Chile —con o sin alusión a los asuntos económicos— que haya ignorado no sólo esta documentación, sino aquella similar que debe encontrarse en los archivos nacionales de los Estados Unidos, Francia, los del Imperio Austro-Húngaro, que aún se conservan en Viena y los de Prusia, el Zollverein y más adelante el Imperio Alemán, que sin duda aún existen en Berlín.

La iniciativa del Instituto de Economía en el campo de la historia económica no está restringida al campo de la investigación. Parte del programa de trabajo consiste en la divulgación y en la formación de nuevos investigadores al nivel post-graduado. Desgraciadamente, no ha sido posible aún establecer cursos de historia económica para los alumnos regulares de la Facultad de Economía, pero se dictan cursos en esta especialidad en la Escuela de Graduados de la misma Facultad.

Seguramente sería trabajo perdido el proponer que el estudio intensivo de la historia económica reemplace o anteceda al de filosofía política o incluso al de política económica, pero no cabe la menor duda de que el mundo académico contemporáneo está reconociendo en esta disciplina una de las herramientas más útiles para escudriñar y comprender las causales de la acción política y económica.

<sup>1</sup> Este programa incluye los siguientes temas: *Historia de la Marina Mercante de Chile*, para ser publicada en 1962; *Las inversiones Extranjeras en Chile, 1810-1914*; para ser publicada en 1962; *Historia de la Minería de la Plata en Chile*, 1964; *Historia de la Minería del Cobre en Chile*, 1966; *Historia de la Industria Metalúrgica en Chile*, 1968; *Historia de la Industria Salitrera en Chile*, 1970; *La Agricultura chilena, 1810-1938*, 1972; *Historia de los ferrocarriles en Chile*, 1974; *El Mercado de Capitales en Chile*, 1976; *Las Ideas Económicas en Chile*, 1978; *Historia Económica General de Chile*, Tomo I, 1810-1832; Tomo II, 1832-1848; Tomo III, 1848-1883; Tomo IV, 1883-1914; Tomo V, 1914-1958.